

Diana del Ángel

Poemas de la sombra



POEMAS DE LA SOMBRA

Diana del Ángel

Ilustraciones de Nayeli García

Diana del Ángel, “Poemas de la sombra”.

Addenda. Cuadernos de *Fundación*, [poesía,1], en *Fundación. Revista en Línea*, núm. 9, octubre - noviembre de 2013.



VOCES DE LA NIÑA ROTA



I

Ella me aguarda en el rescoldo de las madrugadas. Sé que me mira por una grieta en el muro de su cárcel, donde sus ojos no ven más que un trozo de cielo y la punta de los árboles todavía jóvenes. Sé que llora desesperada mientras se abraza las piernas y aprieta los muslos tratando de cerrar una herida irreparable. Sé que percibe su olor distinto y eso la avergüenza. Sé que tras las manos que la cubren está mi rostro. Sé que su cuerpo es frágil y pequeño, sé que contiene el llanto de las dos; sé que lleva mi nombre, pero es el nombre que yo ya no puedo recordar; sé que me grita todos los días desde el fondo de su primera angustia. Sé que quisiera dejar de llorar tanto como yo quisiera dejar de oírla. Sé que la oscuridad del lugar donde vive la carcome, sé que quisiera mirar por mis ojos la vida sencilla que nos fue robada, respirar por mi nariz el aire anterior a esa noche, reír con mi voz por simplezas y sentir por mi cuerpo la cercanía de otra persona. Pero no entiende que el mundo de afuera no es bueno, por eso la he encerrado. Y su llanto no me detiene.

II

Ella me despierta por las noches; dice que no sabe cómo contar lo que murió en su carne debajo de aquel hombre. Dice que ha intentado juntar palabras una detrás de otra, como le enseñaron en la escuela, hasta formar una oración, pero a nada llega. De su boca sólo brota un canto triste, lleno de silencios.

III

Ella me dice que un lado de su cuerpo está pegado a una pared blanca, y sabe que es blanca porque en su mejilla siente el frío. Luego me habla de una carne desconocida que huele a alcohol y una presión que se le queda en la piel grabada. Cierra los ojos y la oscuridad se hace doble: adentro y afuera, después siempre adentro. Ella palpa con una mano la pared de yeso frío y con la otra araña. Afuera, no hay voz que la nombre para salvarla. Y piensa que si Dios siempre ve lo que hacemos la está mirando ahora, pegada contra la pared con la cabeza en una esquina debajo de la cama, y también ve esa otra mano que hurga bajo su vestido y acaricia una piel cuya existencia ignoraba. Y para olvidar la presión de esa carne y el tacto de esos dedos piensa en el patito que está bordado en su vestido y que parece nadar en el mar de tela blanca. De pronto siente que ese cuerpo deja de pesarle en el vientre y cree que ha terminado. Pero todo vuelve a empezar de otra forma y siente de nuevo la opresión, más honda, frotándose contra su piel, quedándose en ella punzante como aguja infecta.

IV

Sé que andarás a la orilla del arroyo, que mirarás “con cariño las navajas”. Que buscarás sin hallar la puerta para ir de tu vida hacia otra, distinta de la que tienes. Una donde la humillación no sea la regla; donde los golpes y mordiscos no sean lluvia sobre tu cuerpo, donde las pesadillas no se vuelvan reales cada madrugada. Una vida donde puedas andar sin temor a dejar la puerta abierta. Pero nada de eso habrá para ti. Mirarás siempre tu cuerpo como algo ajeno, como una herida siempre abierta, una barranca por la que te despeñas, no conseguirás reconstruir la memoria de las cicatrices que te habitan, ni hallar un punto en donde tus recuerdos converjan y todas las piezas de tu vida encajen en ti misma. Nada de eso habrá para ti. Aunque sonrías y en tu piel se borren las manchas, detrás de tu sonrisa estará esa vergüenza, y tu cuerpo será siempre el de esa niña, abierto a destiempo.





MANERAS DE FIJAR TU SOMBRA

I

Cuando te conocí llamabas a las cosas
con el idioma hallado en los rincones de tu infancia
donde silencioso añorabas la tibieza prenatal
de la que habías tardado en salir.
Tu madre me dijo que allí te hiciste
la primera grieta
por donde la oquedad te invadiría.
Pero la tarde en que te descubrí
decías las palabras como el viento
forma y deforma las nubes del verano.
Mirabas las piedras como si en ellas
anidaran los verbos que nos harían falta
para comenzar los días por venir;
aprendías de la lluvia insólitos caminos
que marcaban nuestra ruta por las calles.
A tu lado, las botellas rotas fueron esquirlas de la noche,
y la noche un lienzo para plasmar nuestros espantos,
y tú no eras tú, sino los rayos del sol en mis cabellos,
y al amor no lo nombramos con la boca,
sino con los ojos, con la yema de los dedos,
con nuestra humedad sombría.

II

Llevada por el rumor de tu cuerpo era tan fácil
recordar los instantes felices de mi infancia.
Tu respiración era como el rumor
de la locomotora que escuchaba cuando niña.

El tren se aproximaba, poco a poco,
sobre los rieles, su cuerpo de acero
partía en dos la tarde,
vagón tras vagón, rueda tras rueda,
su andar cansino parecía no terminar nunca
y cerraba los ojos para que su respiración metálica
me hablara de otras ciudades, de otros cielos
cuya quietud se había roto
por el rastro del humo en el aire.

Junto a ti también cerraba los ojos
para escucharte desde el sueño,
para imaginar el sitio, donde habitabas libre,
niño por siempre, a la orilla de tu lago.

Al abrir los ojos, sólo podía ver tu cabello crespo,
derramado sobre tu espalda,
y como cuando niña,
las estelas negras me decían
que todo viaje es efímero.

III

Estabas lleno de árbol
desde la mirada oscura
hasta el sabor de tu piel cetrina.
Tu cabello rebosaba
del olor a las tardes de mi infancia
cuando juntaba las piezas del cielo roto
bajo el naranjo alumbrado de azahares.
De árbol tenías también el modo
de quedarte fijo en medio del bullicio,
o de silbar en la hora más profunda de la noche,
y colmada de su amarga corteza
descendía una cicatriz profunda por tu cuello.
Pero tu lado más arbóreo no era eso,
sino las cuatrocientas voces que en ti anidaban:
los dulces trinos con que amanecías,
el murmullo vespertino de tus caminatas,
y detrás de todos los cantos
ese graznido hiriente
que iba marchitando tu ser.

IV

El roce de tus dedos en mi rostro,
volvía el aire tibio y mi epidermis,
más honda, palpitaba como el surco
sediento, a flor de tierra, de semilla.



V

“Más que del fuego, vengo de la lluvia”, me dijiste.
Y supe que así era por tu mirada, oculta
tras el cielo endrino de tus ojos
y por tu beso de agua,
prolongado como un día de verano.
Y te supe lluvia, alegremente,
cuando tu abrazo me envolvía de improviso
en medio de la calle, en las tardes sembradas de promesas,
en las puertas de los salones, de los trenes y de las noches.
Y la lluvia de tus palabras me hacía ver en cada piedra
un tesoro, hallar en el pasto soles mínimos y eternos,
o contar las historias que duermen bajo los pasos de los vagabundos.
Y llovías con esa luz tan tuya, lacrimal desde los párpados,
salival desde tu lengua y desde todo tu cuerpo,
tibia y radiante, tu lluvia dejó en los caminos
una estela de preguntas, un arcoíris perenne en la memoria,
y un cielo escampado ante mis ojos.
Y todo en ti me decía
que no eras para la tierra, sino del instante,
y te fuiste,
lluvia sin remedio.

VI

Me dejaste
la sombra tibia de tus manos en mi cara,
esas tardes sobre la hierba, a la orilla del mundo,
mirando los volcanes falsamente dormidos,
el misterio de tu musgo, se me quedó
entre los dedos el desliz de tu pelo en retirada,
el horror de tu alma rota una noche
lejos del pan y del hogar compartido,
tu historia mutilada y tu locura,
la certeza de que no eras tú,
la memoria de tu cuerpo luminoso.
también algo de nostalgia. Tendido
te dejo en estas líneas
carne sombría, impensable, colérico,
lúcido, sonriente, asombro puro,
desterrado, triste, irónico,
horizontal, telúrico, olvidado.



CANCIÓN PARA CANTAR DE NUEVO

Un misterioso baile
hay en el mundo
de lo que nace y muere
¡ay! tan profundo.

Se marchitan las flores
mas su perfume
se conserva en el fruto
del sol de octubre.

Los pájaros emigran
en el invierno
vuelven en primavera
rasgando el cielo.

La luna mece el agua
de un lado a otro
mi sangre sube y baja
¡feliz retorno!

Serán polvo mis huesos
caerá la sombra
germinará en la tierra
la bella aurora.

Y al olor de la gleba
humedecida
a danzar nos impulsa
la nueva vida.



Aunque uno sabe
que la vida tras dolor llena de gozo,
que abandonamos resueltos la casa paterna
para probar y ser probados por los días
y que nos arrojamos a la calle ansiosos de camino,
hay segundos de lentísima tristeza,
como hormigueros de lágrimas, ¡ay!,
que nos embotan y limitan cada paso.
Hay entonces un deseo tan pueril,
que nomás por ser de adentro se disculpa,
de que nuestro jardín de infancia siga siendo el mundo,
de jugar a jugar con los hermanos,
de poder seguir sembrando clavos en el patio,
de comer lo mismo tierra que estrellas glaseadas
y, por encima de todo, de que las manos de mamá
basten para apartar el dolor de nuestra noche.







“Poemas de la sombra”,
de Diana del Ángel,
primer número de poesía
de *Addenda. Cuadernos de Fundación*,
fue puesto en página
en cierto desván
de la casa de Liverpool 16,
en la Ciudad de México.